

AÑO XXII.—NÚM. 6184

21 DE ENERO DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 21 de Enero de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI A IGUAL EPOCA DEL SIGLO XVIII.

XIV.

A la época en que tuvieron lugar los desastres de que hablamos al final de nuestro último artículo, el Océano, según expresión de Calderón, había cesado de ser español y el pabellón rojo de la Inglaterra flotaba sin rival. Esto dió motivo a aquel célebre canto patriótico del poeta inglés Waller. Los negociantes de Cádiz y de Sevilla se retiraron asustados ante el furor bélico de apasionados intereses; y solo los de Londres, Amsterdam y del Havre, eran los que abastecían los mercados de Méjico y del Perú, donde, por la falta de concurrencia realizaban fabulosos beneficios.

Laguerra de sucesión entre Felipe de Anjou y Carlos de Austria, trajo todavía mayores males para nuestro comercio, hasta hacerlo casi imposible; ningún comerciante quería exponer su fortuna a la suerte de un combate, ni buque alguno se atrevía a surcar el atlántico sino bajo la salvaguardia de los de guerra, y estos eran pocos y tan malos, cual hemos visto por los que teníamos para la guarda de nuestras posesiones del Pacífico. Bueno que los galeones hubieran podido dar alguna garantía de seguridad, siquiera fuese para salvar las inmensas riquezas que traían, pero el ejemplo de lo acontecido en Vigo, alejó por completo la confianza de los negociantes español

les, quedando el campo de la especulación casi exclusivamente para los extranjeros. Un ejemplo más de abnegación y de buena fé debemos consignar aquí, en honra de nuestro nombre; y es el haber preferido aquellos soportar por entero la pérdida de sus intereses, a falsear la confianza pública revelando los nombres de los extranjeros, cuyas mercaderías habían transportado bajo el suyo.

Difícil sería dar una noticia exacta ni aun aproximada de la clase y cantidad de las mercaderías que los extranjeros importaban directamente en América; pero por los siguientes apuntes de las importaciones efectuadas por medio de la flota y de los galeones se podrá formar una idea de la inmensa extensión que el comercio de contrabando alcanzó en los tiempos de Carlos II.

La Francia expedía todos los años a España y a América lienzos de Ruan de cuatro clases; los más finos que venían de Louviers, aun cuando eran los menos buscados, los galeones tomaban por valor de cuatrocientas mil libras; no así por lo que mira a los conocidos con el nombre de «florete crudo» que se compraban con empeño en los mercados de Portobello, de Cartagena y de Veracruz.

Los lienzos ordinarios de San Quintín y de Pontivi eran muy estimados de los españoles, y de ellos exportaban cerca de cuatrocientas mil piezas de cinco anas cada una y precio de 16 a 25 sueldos la ana, y la flota hasta doscientas mil. De estos lienzos se consumían en España de cincuenta a sesenta mil piezas cada año. De los de Laval, llamados lisos blancos, se consumían en ella unos ochocientos fardos; el fardo pequeño contenía seiscientos u ochocientos

varas, y era su precio de doce a catorce libras. En muchas ciudades, y especialmente en Madrid, Cádiz y Sevilla se servían los pobres de estos lienzos para camisas. Para la compra de este género salía de España cada año cerca de un millón y medio de reales. Los llamados de lizos altos eran los estimados en Méjico y en el Perú, llevando la flota y los galeones todos los años por valor de tres millones.

De lienzos de Morlaix, llamados «creas» comunes se vendían en España por más de cuatro millones de reales, y de los de Coutances embalaban los galeones cerca de ciento cincuenta mil anas, y otras tantas la flota, vendiéndose en España de cuarenta a cincuenta mil.

Otras inmensas cantidades de lienzos de Dinan, Vitré, Fougères y Rennes eran importadas anualmente para España y sus colonias, más especialmente los de Cambrai, conocidos con el nombre de «batistas», muy afamados por su finura. Estos hallaban siempre despacho seguro y el producto de su venta ascendía algunos años a cerca de dos millones de reales.

Los negociantes de Marsella y de Lyon hacían el gran negocio con los lienzos de Gail, revendiéndolos a los españoles: los galeones tomaban por lo regular de siete a ocho mil piezas; la flota de dos a tres mil, que con unas mil que se consumían en el país, sacaban por término medio cerca de medio millón de reales.

Los españoles llevaban a América calcetas de Vitré, medias de Châlons, sargas de Amiens, y sombreros de fabricación francesa, cuyo consumo, subía en el Perú de ocho ó diez millones de reales.

Los galeones cargaban encages de

oro y de plata finos por valor de dos millones, y la flota por el de medio millón. También se vendían falsos en la Nueva-España y en el Perú.

Los galeones tomaban blondas negras de París por valor de doscientos ochenta mil reales y la flota de ciento veinte a ciento cuarenta mil.

Era negocio también en América los grós de Nápoles y los brocados de oro y plata de Tours y de Lyon; El importe de este último artículo llegó en el reinado de Felipe IV a dos millones de reales. Llevaban así mismo la flota y los galeones «muer», especie de taletan doble de oro y de plata por trescientos mil aquella y estos por un millón y doscientos mil. Las dos escuadras cargaban tafetanes, estampados en Aviñón, y en Castres, que importaban cuatrocientos mil reales y mercería y quinalla por igual suma.

Ultimamente, llevaban a América picotes de lana fabricados en Lila, tela de que se vestían en las Colonias, cuyo comercio producía anualmente más de ocho millones de reales; y paños de Languedoc, con que se acomodaba la gente pobre.

De todos los negociantes extranjeros que monopolizaban nuestro comercio, ningunos como los holandeses. Estos despachaban por medio de los de Cádiz y de Sevilla los lienzos de Brabante que se consumían en el vestido de la gente pobre; los de algodón de las Indias; las telas de Leide, de que en España se hacían tocas y mantillas; los paños de Holanda, las sargas y los sombreros de Creta; camelotes de todas clases; hilo blanco, brocados de oro y plata, utensilios de cobre, especerías, planchas de hierro maderas de construcción que sacaban de Noruega y del Canadá, cables, brea y otra diversidad de

RIGOLETTO.

ÓPERA EN CUATRO ACTOS, DEL MAESTRO VERDI.

PERSONAJES.

El duque de Mantua.—Rigoletto, su bufón.—Gilda, hija de Rigoletto.—Juana, doncella de Gilda.—El conde de Monterone.—Marullo, caballero.—Mateo Borsa, cortesano.—El conde de Ceprano.—La condesa, su esposa.—Portero de corte.—Paje de la duquesa.—Caballeros, Damas, Pajes, Guardias, etc. etc.

Lugar de la acción: Mantua y sus alrededores.—Época de la acción: siglo XVI.

ACTO I.

Sala profusamente iluminada: música lejana y de tiempo en tiempo ruidosas carcajadas.

El duque confía a Borsa una aventura que mantiene con una joven desconocida, a quien vió en un templo, y vé casi todos los días festivos: ha descubierto su morada en una calle remota, y sabe que todas las noches entra en su casa un hombre misterioso: ella ignora quien es el duque: Borsa le felicita y se felicita de no amar a mujer alguna, ni ser por consecuencia esclavo de las pasiones.

El conde de Ceprano sigue de lejos a su esposa esbquiada por otro caballero: el duque reconviene a

la humanidad; al soberano que goza y ríe, mientras él está privado del llanto concedido a todos los hombres, y teme que el anatema de Monterone le prepare alguna desgracia.

Gilda sale de la casa y se arroja en brazos de Rigoletto a quien llama su padre: le reconviene dulcemente porque hace tres meses la ha traído a la ciudad y aun no la ha dicho su nombre, el de su madre y el de su familia; pero el jorobado lo oculta todo, aconsejándola que no salga nunca, aunque le concede que vaya a la iglesia. Gilda se empeña en saber su nombre y el motivo de la tristeza que manifiesta: el bufón insiste en negarlo todo, asegurándole que su patria, su familia, su mundo, es ella sola: la encarga otra vez que no salga; teme que alguien la siga, la enamore y la robe, en cuyo caso todos se reirían de la deshonra de la hija de un bufón. Gilda le oculta ser el objeto de la persecución de un desconocido.

Pregunta a Juana que sale, si lo ha visto alguien, y le intima para que vigile y no pierda momento a Gilda.

En este instante se presenta el duque disfrazado sorprendese de encontrar a Rigoletto, el cual previene a ambas que no abran a nadie, y se despide de Gilda a quien llama su hija, palabras que oye el soberano.

Gilda siente haber negado a su padre que un jó-

ven la enamora; pero Juana la anima diciéndola que parece magnánimo y gran señor: el duque se interpone haciéndola las más afectuosas protestas de su cariño, ella le rechaza dulcemente, aunque acogiendo aquellas palabras que la embriagan, pero ignora también quien es el hombre que las pronuncia; el duque le dice llamarse Gualberto Maldé y que es estudiante y pobre; se oye rumor de pasos y el duque se ausenta en medio de los más dulces ofrecimientos del cariño de Gilda esta, ya sola, graba en su corazón aquel nombre querido que la han revelado, brotando de su corazón los juramentos más eternos de amor leal.

Marullo, Ceprano, Borsa y cortesanos, armados y con careta, se presentan en la calle: Borsa señala a Gilda que está en el terrado y a quien todos suponen la manceba de Rigoletto: éste aparece ensimismado pensando aun en la maldición del viejo Monterone: los cortesanos le rodean revelándole, para engañarlo, que van a robar a la esposa de Ceprano: respira el bufón que ya juzgaba en riesgo a su hija y se presta a acompañarles, a cuyo efecto pide un antifaz que le ponen vendándole los ojos, aunque después de haberse convencido de que las llaves que le presentan, tienen con efecto el escudo de Ceprano: le mandan que afirme la escala y todo hecho se oyen voces de Gilda pidiendo socorro: el bufón no la oye y se impacienta porque no acaban los raptos de consumir su atentado: qu